

San Martín, el hombre

16-08-08

Por estos días en que recordamos un nuevo aniversario del fallecimiento del Padre de la Patria, esta nota nos recuerda al San Martín que más nos gusta recordar a los mendocinos. Al hombre que hubo tras el guerrero.

San Martín medía 1,70 m; no era muy alto, pero impresionaba por su porte..., erguido, rostro moreno y tostado por la intemperie, nariz aguileña y grande, ojos negros inquietos de mirada clara, de modales esmerados, decía Damián Hudson; dicharachero y familiar, severo y parco, optimista, discreto, profundamente reservado y caluroso en sus afectos; su voz, cuentan, era ronca. San Martín no usaba frases grandilocuentes, hablaba con sencillez, sus órdenes eran precisas y el chiste siempre espontáneo, contaba Mitre.

Hoy quiero recordar a San Martín, no sólo como el militar o el estratega de la guerra. Hoy, merecidamente, quiero recordar a San Martín como el hombre que, gozando de la gloria de los triunfos y el poder que ellos le daban, fue humilde y respetuoso con su adversario.

Quiero recordar a San Martín como un conocedor profundo de los hombres, que descubrió los talentos de Álvarez Condarco y supo aprovecharlos en el cruce de los Andes; que vio las cualidades de Fray Luis Beltrán, cura al que convirtió en organizador de la maestranza militar en la preparación de la campaña libertadora.

Quiero recordar al San Martín que vio en O'Higgins el tino de gobernante, honradez y cualidades de buen soldado pero, además, al San Martín que vio en Mendoza, en su humilde despacho, a un pobre migrado chileno, al que le dio el cargo de Secretario, más que acertado porque le valió no sólo la victoria sino que, como cuenta la historia, poco tiempo después fue el mejor ministro de Guerra de Chile y organizador de la escuadra: el general Zenteno.

Pero hubo otro San Martín, amante de la naturaleza y de la labranza de la tierra, que impulsó la industria vitivinícola en la zona de Cuyo, propiciando también la plantación de árboles, sobre todo álamos. Le gustaba vivir en el campo porque decía que traía paz y a los 45 años lo consiguió, por tiempo breve, cuando se instaló en el este mendocino, allá por 1823, cooperando inclusive en la construcción de un canal de riego.

Esta faceta del San Martín agricultor, fue editada en un folleto por el Instituto Argentino Agrario, en 1950, en el que se describe una de las pasiones menos difundidas del General: el amor al campo. Muchos de sus experimentos, sobre todo la explotación de la tierra, se basaron en el respeto y perfeccionamiento de las antiguas culturas agrarias guaraníes.

Parece mentira que era el mismo San Martín que en el Río de La Plata, allá por 1816, desarrollaba una serie de actividades que lo convertían en el hombre más esclarecido, no sólo política, sino también militarmente, conduciendo con habilidad la estrategia necesaria para derrotar al colonialismo.

Frente a cada dificultad que tenía en esta labor, se sobreponía y poco a poco, con perseverancia, fue cumpliendo sus planes.

Así, mientras gobernaba Cuyo, fue formando el Ejército de los Andes y presionando al Congreso de Tucumán para declarar la independencia.

San Martín no tenía otra renta que su sueldo oficial. Llevaba sus cuentas en forma prolija y, cuando faltaba dinero, en vez de endeudarse, no fumaba o se imponía alguna restricción para vivir. Decía: "Cada uno debe vivir con lo que gana". Era un hombre leal, que no prometía lo que no pudiera cumplir: decir la verdad, cumplir el deber y respetar la palabra empeñada, fueron las tres reglas básicas de su vida.

San Martín también fue un líder, que advirtió la necesidad de formar hombres y apoyarse en ellos. Su habilidad para promover, calificar y organizar su proyecto, poniéndose al servicio de una causa tan noble como la libertad, fue superior a cualquier coyuntura política.

Fue un líder generoso, que antepuso su grupo a las aspiraciones personales y sabiamente alentaba a los suyos a desarrollarse más independientes y seguros. Comprendió que conducir no es mandar; entendió que la responsabilidad del liderazgo se basa no en la imposición o la fuerza, que deviene en conflicto, discusión y autoritarismo sino en el consenso y el diálogo.

Con sus enemigos fue siempre generoso; a sus detractores no les opuso más armas que el silencio, dicen los historiadores.

De las políticas internas y de las facciones, nada le interesaba. Sólo soñaba con la gloria de contribuir a la independencia.

Como a Félix Luna, a mí también me hubiera gustado ser su amigo. Amigo de aquel joven que llegó a Buenos Aires, sin relaciones y desconfiado; desconfiado por el go-



bierno que había y en el que, a fuerza de templanza, fue construyendo el espacio que le correspondía. Me hubiera gustado buscar en sus palabras la comprensión de hechos que hoy no se entienden; me hubiera gustado hablar de la Patria, del por qué de su exilio; de si hubo rencor o sólo tristeza en su partida. Me hubiera gustado encontrar en sus palabras la guía necesaria para los momentos duros, cuando la miseria humana de los inescrupulosos, gana.

Pero hoy, leyendo la historia, de alguna manera me ha respondido.

Diría que... "no hay que temerle a las epopeyas que debemos enfrentar, que no ceda a presiones mezquinas".

Diría... "serás lo que debas ser o no serás nada".

Diría, ¡como dijo! ... "que la seguridad individual del ciudadano y la de su propiedad deben constituir una de las bases de un buen gobierno".

Diría... "mi sable jamás salió de la vaina por opiniones políticas".

Diría... "la conciencia es el mejor juez que tiene un hombre".

Diría, "hace más ruido un solo hombre gritando que cien mil que están callados.

Finalmente y para momentos de incertidumbre y tribulación nos diría: "¡Ánimo, que para los hombres -y mujeres- de coraje se han hecho las empresas!"